

### Quien mucho habla...

Todos los días vemos a Nicolás Maduro arengando a sus seguidores y tratando de convencer a la opinión pública internacional que lo que ocurre es un tema exclusivo de su país. Por otro lado López hace lo mismo. Discursos nacionalistas, descalificadores e impositivos, que se van incrementando en agresividad y palabras sin sentido y sobre el que hay una opinión generalizada respecto de que en ese país hay una crisis. El país está dividido, sin duda. Los efectos alcanzan a otros sectores, como en Chile, donde sin una mirada crítica se fustiga al gobernante o se le justifica a ultranza todo lo que dice y hace. Escuchábamos a una directiva de la CONFECH, repitiendo sin retórica “que vuelva la paz a Venezuela”, justificando una declaración acordada sólo por un grupo pro-Maduro, como si el resto no quisiera eso mismo. Se critica a Beatriz Sánchez desde sus propias filas por dar una opinión sobre Venezuela, Cuba y Bolivia que no le gustó a quienes son sus bases. ¿Acaso nadie podrá dar su opinión sincera y calificada sobre un suceso, para no quedar mal con los que lo rodean? El fuego amigo es el peor de todos, pues mata.

Cada uno se ha puesto en una trinchera cada vez más profunda y, ocultos en ellas, no asoman la cabeza para poder observar lo que realmente ocurre, ni percibir el dolor de su gente producto de tanta intolerancia y obsecuencia, ni contribuir a buscar una real solución a los temas contingentes: hambre y trabajo, pero principalmente seguridad. La democracia, es decir el poder del pueblo, aquí quedó en un último plano y en su nombre se van a cometer graves abusos. Nadie es capaz de pararse a conversar. Sólo denostar.

Con acalorados discursos no terminará la crisis, pues cada expresión sólo sirve para hundir más la pala en su propia trinchera. Primero palabras, luego piedras, balas, bombas y llegará el momento en que será imposible la reconciliación. Nadie se siente llamado a reflexionar, pues todos se consideran con la única verdad. La opinión pública se genera con el impulso de los medios de comunicación, que de tanto repetir una consigna la transforman en leyenda urbana. Situación ya conocida en Chile cuando un sector político fustiga al otro usando un discurso apocalíptico a pesar de tener la verdad en sus narices. Chile es un país demasiado tranquilo,

quizás avergonzado por la corrupción que se ha descubierto y que nos ha despertado.